

Don Augusto Rodríguez Aranguren

Palabras pronunciadas por el Académico Fortunato González Cruz en el acto de develación del retrato de don Augusto Rodríguez Aranguren, en el Salón de Merideños Ilustres de la Academia de Mérida

Miércoles 22 de mayo de 2024

Agradezco a mis compañeros académicos por el honor de designarme para pronunciar en su nombre estas palabras, cuando develamos el retrato de este gran caballero de Mérida, don Augusto Rodríguez Aranguren, en este Salón de Merideños Ilustres, muchos de los cuales fueron sus entrañables amigos.

Recién llegado de Valera, tuve el placer de conocerlo al frente de su empresa de distribución de gas doméstico, cuando, con un maletín de recibos del aseo urbano, para costearme los estudios universitarios, cobraba ese servicio en los sectores de Milla, Belén y El Sagrario. Mi romería incluía al bar Kon Tiky, la Sastrería Ideal del padre de nuestro académico Dr. Jonás Montilva, la Destilería Motatán de don César Guillén Calderón, la Mueblería La Gloria de Amado El Fakih, el negocio de variedades de don Germán Corredor, la Farmacia La Vencedora del Dr. Ezio Valeri Moreno y muchos otros.

En mis recuerdos está don Augusto Rodríguez Aranguren junto a algunos de ellos, reunidos en la casa de la familia Guillén Lamus. Seguramente de esas tertulias surgió el apoyo al padre Escolástico Duque en la fundación del Hospital Los Andes, de la Cámara de Comercio, el Cuerpo de Bomberos, la Plaza de Toros Monumental de Mérida y muchas otras iniciativas de gran valor para Mérida. Don Augusto fue un hombre de empresa, conocedor de las cosas de

Ejido, de Tovar y de Mérida que contaba en sus crónicas publicadas en los periódicos “La Nación” de San Cristóbal y “El Vigilante” de Mérida.

Augusto Rodríguez Aranguren es hijo ilustre de Ejido, donde desarrolló su vida de empresario exitoso, tipógrafo, periodista fundador de la Asociación Venezolana de Periodistas, fundador y editor de varios medios de comunicación impresos y uno de los mejores cronistas que han perpetuado en sus trabajos nuestra memoria colectiva. Sus dos apellidos: Rodríguez y Aranguren, están entre los primeros pobladores del Pueblo de Las Guayabas, como se conoció Ejido desde los tiempos iniciales. Cargó a cuestas con gran dignidad su amor a la tierra, con nostalgia por las frías aguas de su estancia de “La Chorrera”, que vienen desde el Páramo de Los Conejos. Allí y en Ejido desarrolló su afición por los caballos y los toros de lidia. Tomó la iniciativa de instalar varias plazas de toros, entre ellas El Toreo, contratar toreros noveles y consagrados como los hermanos Rafael y Curro Girón. Con Germán Corredor montó la plaza El Carmelo, para luego meter el hombro como uno de los promotores de la Monumental Plaza de Toros que lleva el nombre de Román Eduardo Sandia, que ha servido para el clamoroso triunfo de hijos y nietos, aquí presentes.

Su escritura es amena, fácil, más de crónica útil para recordar personajes y acontecimientos. Fue en el Ateneo de Ejido que fundó con otros ejidenses donde aprendió a dominar el lenguaje y enriquecerlo en la buena biblioteca que aun funciona en la Hacienda El Pilar. Está pendiente un homenaje de esta Academia a esa institución cultural ejidense.

Como funcionario público en el Estado Mérida fue pionero en la organización de la Imprenta del Estado y de los archivos del entonces Distrito Libertador. Sus obras son relatos cargada de buen humor, que nos ofrece aspectos de la vida cotidiana y acontecimientos puntuales en la apacible vida cordillerana. Entre su obra escrita menciono “Anécdotas merideñas de antaño y hogaño”, “En el camino. Discursos”, el poemario “Sobre el surco” y “Ejido. Desde su fundación hasta nuestros días” (1978). Este último es una de las pocas investigaciones que se han realizado sobre el origen de la ciudad de Ejido. Su obra trasciende a Ejido, a Mérida y alcanza dimensión nacional. Por estos destacados méritos, la Asamblea Legislativa lo declaró hijo distinguido del Estado Mérida y esta Academia de Mérida le rindió un sentido homenaje el 20 de marzo del 2019. En ese acto académico, el Dr. Carlos Guillermo Cárdenas pronunció un elogioso discurso.

Don Augusto Rodríguez Aranguren fue un hombre generoso. Sus coterráneos recuerdan que gracias a él se mejoraron los servicios de agua, de salud y de educación. El comedor popular de Ejido lleva su nombre en recordación permanente de su preocupación por los más pobres y necesitados.

Su retrato colocado en la galería de los hacedores de la merideñidad rinde honor a su obra, para orgullo de su numerosa familia heredera de su espíritu emprendedor y de su gran afición por los toros que lo impulsó a aventurarse como promotor de las Ferias de la Caña de Azúcar, en su Ejido de la Miel y de las Flores, y organizar numerosos festejos taurinos en toda la geografía andina.

Como señala Lubio Cardozo en la presentación del libro de don Augusto Rodríguez Aranguren “Anécdotas Merideñas de Antaño y Hogaño”, “...toda

región, toda ciudad, debería fijar en estelas testimoniales la vida de sus hombres más ilustres y positivos. Sería una afirmación de la localidad, una continuidad con las raíces, un argumento para la defensa de lo propio, de la venezolanidad regional". Agrego un párrafo del discurso de S.E.R. Cardenal Baltazar Porras Cardozo de ayer 21 de mayo con ocasión del Día Nacional del Cronista: *"La dura pero apasionante labor del cronista es el alma invisible de los pueblos"*

Bienvenido a esta casa de la merideñidad, don Augusto Rodríguez Aranguren.